P. PICA Y PECA

EL VIEJO Y L

1
230816



COLECCIÓN INOCENTE

10 CTS.

1
230816

47 / 1434866

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

EL VIEJO Y LA NIÑA

I

LAS DE ROBLEDILLO

Las de Robledillo eran cinco muchachas monísimas, hijas de un comandante retirado de infantería, y célebres en todo Madrid por su belleza y frivolidad.

Se las veía siempre en todas partes, en compañía de la inevitable mamá, alta y espigada como un cabo de gastadores y a la que no le faltaba sino la sombra de un bigote en el labio superior para rematar el parecido.

Siempre que salían iban seguidas de un séquito numeroso de adoradores. La calle en que vivían, cercana a la plaza de Oriente, estaba siempre llena de mozalbetes imberbes, en su mayoría estudiantes de medicina y de derecho, los cuales, por medio de la telegrafía sin hilos —vulgo, los dedos—, comunicábanlas sus atrevidos pensamientos desde la acera de enfrente, con el natural regocijo y diversión de los vecinos de las tiendas, y despecho y envidia de las otras niñas balconeras de los alrededores, que veían su altar desamparado y desierto.

La madre, que a pesar de su aspecto hombruno se caía de puro buena, y era por otra

R 3189537

parte más tierna que la manteca para sus hijas, le dijo un día a su marido:

—¿No te parece, Robledillo, que los novios de las niñas debían entrar en casa? Son todos unos muchachos decentes, hijos de muy buenas familias. Así nos evitaríamos los chismes y habladurías de la vecindad.

Al bueno de don Robustiano, que era un verdadero infelizote, y no tenía, a pesar de sus galones, más voluntad que la de su mujer, le pareció de perlas lo que ésta le decía, y cátate de la noche a la mañana la casa de los Robledillo ocupada por los pretendientes de las cinco manos más bonitas que se abanicaban en Madrid.

Algunos de ellos iban no más que por las noches, pero otros se pasaban allí todo el día, como los animales de rapiña, al olor de la carne fresca.

Las de Robledillo eran cinco tipos distintos de mujer, a cual más interesantes.

Trini, la mayor, era una morena soñadora y romántica; Lola, la segunda, muy rubia y muy blanca, a pesar de su aspecto suave y delicado, tenía una imaginación exaltadísima e ideas ultramodernas; en Inglaterra hubiera sido sufragista y en Rusia una terrible revolucionaria; Amparo, la tercera, pelicastaña, chiquita y muy bien formada, era muy traviesa y vivaracha, y en sus ojos, inquietos y escudriñadores, reflejábanse todas las picardías del mundo; la cuarta, Cala —diminutivo cubano de un nombre que en este momento no puedo recordar, pues la deliciosa chiquilla había nacido en la Habana, cuando estuvo allí su padre en la primera guerra, siendo nada más que un simple tenientillo, era blanca y pelinegra, muy dulce, muy suave, muy melosa y de una terrible coquetería que rayaba casi en la perversidad, y la quinta, Elisa, también blanca y pelirroja, con todo el cutis manchado de pecas, que parecían gotas de café vertidas sobre la leche, era terriblemente burlona y de un ingenio muy vivo y travieso.

A las cinco uníalas un rasgo común. Todas ellas eran muy amables, muy dulces, muy sugestivas, muy atrayentes y cariñosas.

¡Ah! y todas ellas rabiaban por atrapar un novio rico, para que las sacara de los apuros y estrecheces en que vivían. La paga de un comandante retirado no da para hacer muchos pinitos, sobre todo cuando se tienen seis mujeres en la casa, contando con la madre, a las que hay que calzar, vestir y darles de comer. ¡Calculen ustedes lo que las de Robledillo gastarían al año, aun yendo la cosa muy tasada y muy medida, en cintas, trajes, zapatos, guantes, medias y sombreros!

¡Cuántas veces el pobre comandante lamentó no haberse quedado tendido de un balazo en los ingratos y rebeldes campos de Cuba!

II

EL IDEAL DE LAS NIÑAS

¡El novio rico! ¡He aquí la suprema aspiración de aquellas encantadoras cabecitas de pájaro!

Y las pobres no sabían que todos aquellos muchachos que frecuentaban su casa no eran más que unos tristes pelagatos que no tenían sobre qué caerse muertos y que únicamente hacían cabal de aquel sabido adagio popular de que «a río revuelto, ganancia de pescadores».

¡Y vaya si era un río revuelto la casa de los de Robledillo!

Allí no había ni orden, ni concierto, ni cosa que lo valiera.

Aquellas pobres muchachas, por culpa de la mala educación que las había dado la madre, eran unas naturalezas impetuosas, sinceras e instintivas, abandonadas a su nativo temperamento, sin la menor idea de lo que es la vida y el mundo, ni de lo que exigen de una mujer el decoro y las conveniencias sociales.

Sin embargo, entre todos aquellos merodeadores de honras femeninas, había un muchacho perteneciente a una familia distinguida y

cuyo jefe poseía una cuantiosa fortuna. Pero él era un perdido que había que cogerle con pinzas para no mancharse las manos. Ya desde muy tierna edad le dió a su padre repetidos y graves disgustos, y cuando acababa de rebasar la adolescencia hubo de visitar la cárcel, a causa de una sonada estafa que consumó. El padre le sacó de la prisión y tuvo que gastar mucho dinero para que le declararan absuelto.

Este mozo, tan listo y aprovechado, cuyo final desastroso no podía ser más que el presidio, era el que le ponía los puntos a la más joven de las chicas de Robledillo, que, como ya recordarán nuestros lectores, se llamaba Elisa.

Allí, por la noche, pasaban escenas muy típicas y poco edificantes, casi en presencia de la misma madre, que parecía aguardar aquellas críticas horas para descabezar un sueño tras otro en una destripada butaca de gutapercha.

La verdad es que hubieran sido precisos los ojos de Argos para vigilar a cinco parejas de enamorados, diseminadas por los rincones de la habitación y dispuestas a burlar por los medios más ingeniosos la atención de que eran objeto. Además, ¡triste es decirlo! todas las madres tienen algo de Celestinas.

Alberto, que como ya hemos dicho era un pillo de siete suelas, hecho a todas las picardías y ruindades del humano vivir, les enseñó a sus compañeros una treta muy ingeniosa para que sus novias hicieran con ellos mil porquerías.

Y una noche comparecieron todos ellos en casa del infeliz comandante, con los bolsillos

de los pantalones cortados por el extremo inferior.

Después de esto, sentábanse con sus enamo-



Allí, por la noche, pasaban escenas poco edificantes....

radas en sus respectivos rincones, y aquellas manecitas blancas y pulcras, entre besos callados y discretos, acariciaban voluptuosamente las más secretas interioridades del cuerpo masculino.

Ellas no tardaron en seguir su ejemplo, y muy pronto abrieron en sus faldas seguros y disimulados caminos por donde ellos pudieran también llegar a las partes más ocultas de su sexo.

... ...

De pronto, turbaba el hondo silencio de la habitación, cuyo aire no rasgaba de cuando en cuando más que el leve cuchicheo de los enamorados, el crujir de una silla o el semiestallido de un beso dado con mayor ímpetu del debido, o algún suspiro de voluptuosidad arrancado por el paroxismo del placer, y doña Mónica, que así se llamaba la madre, levantaba los ojos como asustada, lanzaba a su alrededor una mirada de idiota y volvía a amodorrarse pesadamente.

Lo peor no era esto, sino que todos aquellos caballeritos, que tantos deliciosos favores las debían a aquellas encantadoras muchachas, las pagaban con la más negra ingratitud, esparciendo por todos los círculos que frecuentaban en la villa y corte el relato de sus concesiones amorosas.

Augusto, el primito de las chicas, que era también de oro, contribuía como el que más a desacreditarlas y difamarlas, lo que acababa de convencer a los más reacios, pues decían con mucha lógica :

«¡ Cuando lo afirma uno de la familia !»

Todo esto dió pie para que en poco tiempo y sucesivamente desfilaran por allí casi todos

los muchachos de Madrid, atraídos por la fama de la liberalidad y desprendimiento, en materias amorosas, de las de Robledillo. Cuando los unos se cansaban, desaparecían, de repente, de la casa, sin tener ni siquiera el decoro de despedirse, y no tardaban en reemplazarles otros, yendo a ocupar las sillas aun calientes de sus antecesores.

La ceguera de doña Mónica era incomprensible. Al pobre de don Robustiano no hay que culparle, pues él, que había sido un héroe en los campos de Cuba, resultaba un calzonazos enfrente de su esposa.

El único que seguía frecuentando constantemente la casa era Alberto, el novio de Elisa.

Esta parecía adorarle, a pesar de que el desalmado jovenzuelo, en unión del primito, era el primero en hacer menosprecio de la honra de aquellas desventuradas muchachas.

No obstante, siempre que estaba a su lado parecía sumergirse en estática adoración, como ante una Virgen.

En él estaban depositadas todas las esperanzas de la familia para salir de aquel laberinto vertiginoso de sus apuros y sus trampas.

Pero jamás ilusiones humanas se basaron sobre más futil y frágil fundamento.

Las muchachas, aconsejadas sin duda por la madre, no pararon hasta que Alberto, a quien trataban ya con toda la llaneza y familiaridad de quien está próximo a ingresar en la familia, las llevó a su casa y se las presentó a sus padres. En el plan sabio y hábil de las jóvenes, entraba el atraérsela, para estrechar más de este modo los lazos amorosos que unían a Alberto y a Elisa.

Inútil es decir que unas muchachas tan lindas y graciosas, tan dulces y sugestivas, se ganaron ya desde la primera entrevista las simpatías y el afecto de toda la familia de Alberto, y singularmente los del padre, que era un caballero algo chapado a la antigua, galante, delicado y cortés y rendido adorador de la gracia y el encanto femeninos...

Las cinco seductoras muchachas, con su viveza, con su gracejo, con sus mimos y monerías, con la deliciosa confianza y abandono con que trataban a todas las personas ya desde la primera entrevista, embelesaron todos los ojos y cautivaron todos los corazones. Cuando salieron del lujoso hotel, se experimentó en él la sensación de que acababa de abandonarle una alegre y bulliciosa bandada de pájaros.

Desde entonces, las de Robledillo, con cualquier pretexto y a cualquier hora del día, se presentaban de improviso en casa de Alberto, donde eran siempre recibidas con gran agasajo y regocijo. Comían allí muy a menudo y hasta quedábanse a dormir cuando se retardaban por la noche en el hotel. No tardó en establecerse entre ambas familias una amistad cariñosa y cordial, como si se hubiesen conocido de toda la vida. Cuando las de Robledillo no estaban en el hotel de los padres de Alberto, sentíase en él un gran vacío.

A instancias de la misma madre del joven, las cinco muchachas, a quienes la buena señora se había aficionado mucho, fueron a pasar una

larga temporada al hotel, instalándose en él como en su casa.

Sus risas, sus locas carreras, sus graciosos desplantes, las extravagancias y arranques de su temperamento alegre, apasionado y bullicioso, llenaban todo el día la suntuosa morada con su estruendo amable y delicioso. Al padre de Alberto se le figuraba que se le habían entrado de repente en la casa cinco hijas cariñosísimas y encantadoras; y las trataba con una galantería personal algo romántica y caballeresca.

Los cinco diablillos le adoraban. Casi siempre veíaselas colgadas de su cuello, cuando no estaban sentadas en sus rodillas, o atusándole el bigote o partiéndole bien la raya del negro cabello, que empezaba ya a blanquear junto a las sienes. Cuando se iba, se quedaban espiando su regreso, y al oir sonar la bocina del automóvil, cuyos sones ya se sabían de memoria, corrían, volaban todas en tropel a recibirle llenas de alegría, estampando sonoros y estrepitosos besos en sus mejillas. Luego disputábanse todas para colgarse de su brazo, y entre aquel seductor enjambre femenino, aturdido por sus risas, sus gritos y sus besos, el buen caballero entraba en su casa.

III

AMOR DE NIÑA

La que más le quería era Cala, la apasionada y deliciosa cubanita...

Y su cariño iba tan por la posta, que llegó a convertirse en una ardiente y profunda pasión.

Sí, Cala enamoróse perdidamente de aquel hombre que casi la triplicaba la edad, pero que era tan noble, tan caballero, tan cortés, tan galante y respetuoso con las mujeres; de aquel hombre, en suma, que no se parecía a los demás y que tenía un sello de espiritual idealismo y de suprema distinción en toda su persona.

El padre de Alberto, a quien también le gustaba mucho Cala—pero sin que hubiese puesto nunca en su simpatía ni un solo grano de erotismo ni de sensualidad—, se vió envuelto poco a poco en la apretada red de seducción en que le iba encerrando por grados la gentil y alucinante chiquilla. A menudo, cuando ella le miraba, sentía una extraña y ardiente turbación en todos sus sentidos, un gran desasosiego interior que le llegaba a producir hasta una especie de hondo malestar...

¿Qué querían decirle, al clavarse en él con una fijeza perturbadora, aquellos ardientes e inmensos ojos de Cala, que brillaban con luces fosforescentes, como las que se ven de noche en las aguas del mar?

Porque ojos tan bellos como los de Cala no los había en todo el Universo.

Eran negros, profundos, arrebatadores, dulces e imperiosos a la vez. Tenían toda la inmensidad del mar y la funesta atracción del abismo. Cuando aquellos ojos miraban a un hombre con amor, ese hombre no tenía más remedio que caer ante ella de rodillas...

No obstante, el padre de Alberto luchaba valerosamente contra la bella tentadora.

Las consideraciones y respetos que le debía a su mujer, el que Cala estuviese hospedada en su casa, así como el recuerdo del viejo veterano, que tan generosamente había vertido su sangre por su patria, y cuyas canas él no debía manchar, eran fuertes frenos y poderosas barreras que le apartaban de los brazos fascinadores de Cala.

Pero, cuando una mujer se propone que un hombre caiga en sus brazos, vana será la desesperada defensa de éste, si no pone tierra de por medio.

Y al padre de Alberto no se le ocurrió emplear este recurso.

Su caída era, pues, fatal e inevitable.

Lo que más que nada habíale salvado hasta entonces, era que don Antonio—llamémosle ya

por su nombre—era un hombre tan modesto y sencillo, tan poco pagado de sí mismo y tan convencido de la pesadumbre de sus años, que le parecía imposible que ninguna mujer pudie-



—¡Toma, so feo!

se enamorarse de él, y mucho menos siendo joven y bonita. Aquellos ojos hermosísimos y alucinantes de Cala, no podían decírselo con mayor elocuencia, mas él aun creía soñar, abri-

gaba el natural temor de haber visto visiones.

Pero muy pronto tuvo que convencerse de todo lo contrario; de que había sabido leer con todo acierto y claridad en aquellas luminosas pupilas, que tenían el deslumbrante y vívido fulgor del relámpago en las noches de tempestad.

Cala había tomado hacía ya muchos días la costumbre de ir a despedirle hasta la verja del hotel siempre que se iba y estar al acecho de su vuelta para correr también a su encuentro.

Sus hermanas, por un tácito acuerdo, con ese instinto certero de la mujer que sabe cuándo estorba, no salían ya a recibirle como antes, dejándole el terreno enteramente libre a Cala.

Una mañana que don Antonio tuvo que salir muy temprano, Cala, como de costumbre, colgada de su brazo, le acompañó hasta la verja del hotel.

Cuando ésta se hubo cerrado, la muchacha, risueña y provocativa, le dijo a don Antonio, tirándole, al través de los hierros de la verja, un papelito azul plegado en muchos dobleces, con su voz melosa, dulce y acariciadora:

—¡Toma, so feo, para que te entretengas por el camino!

Don Antonio, que aquella mañana había salido a pie, echó a andar por la frondosa alameda que bordeaba su hotel, sintiendo una gran turbación en su espíritu.

Aquel papelito azul, que conservaba aún el perfume que usaba Cala, quemábale los dedos.

Después que se hubo alejado unos cuantos pasos, lo desdobló nerviosamente y leyó, escrito con la letra inglesa, fina y aristocrática de Cala, el siguiente renglón:

«Antonio, te adoro.

»Tu

»CALA.»

Una oleada ardiente envolvió el espíritu de don Antonio.

¿En qué corazón masculino no producirían un gran tumulto estas palabras apasionadas escritas por una blanca y bella mano de mujer?

A don Antonio le pareció que una savia nueva y juvenil empezaba a circular por sus venas.

«¡Te adoro!» imaginábase que repetían las hojas de los árboles que le rodeaban, al ser sacudidas por el viento. «¡Te adoro!» se le figuraba ver escrito en la tierra y en el cielo...

Al regresar al hotel, Cala ya le estaba esperando detrás de la verja.

Al colgarse a su brazo para atravesar el enarenado jardín y entrar en la casa, le miró intensamente a los ojos.

Buscaba en ellos sin duda la revelación del efecto que habían producido en su espíritu sus inflamadas líneas.

Don Antonio se turbó ligeramente y miró a

otra parte, no pudiendo resistir el relampagueo fosfórico de las ardientes pupilas de Cala.

Al entrar en el vestíbulo, todas las demás salieron bulliciosamente a recibirle.

Una le quitó el sombrero, otra el bastón, otra el gabán y Amparo, que era una de las discípulas más aprovechadas del Conservatorio y tocaba muy bien el piano, atacó con sus manos hábiles y ligeras los primeros compases de la marcha real.

En volandas le llevaron hasta el comedor, donde, en el centro de la mesa, humeaba ya la fina y artística sopera de porcelana...

Aquella era la hora de más expansión y bullicio en la aristocrática morada.

El fuego y el calor que infundía en aquellos cuerpos juveniles el vino exquisito y los manjares suculentos y fuertes, desataban sus lindas lengüecitas y el inextinguible manantial de sus risas.

Era una especie de desenfreno, aunque espiritual y de buen tono.

Aquel día, Elisa, la novia de Alberto, que ocupaba siempre en la mesa un sitio al lado de don Antonio, estaba más alegre, más bulliciosa y decidora que nunca y desplegó con su viejo amigo una coquetería y unas artes de seducción que rayaban ya casi en libertina procacidad.

Cala, que sentábase enfrente, estaba ciega de ira al ver la descocada provocación de su hermana.

¿Qué le pasaba a Elisa?

¿Había bebido más de la cuenta?

¿Y el imbécil de Alberto, que contemplaba todo aquello tan indiferente y tranquilo y con la sonrisa en la boca?

¿No tendría aquel sinvergüenza sangre en las venas?

Cala abrasaba a su hermana a miradas coléricas y furibundas.

Parecía querer pulverizarla con los ojos.

Pero Elisa, sin darse por aludida, continuaba cada vez más insinuante y provocativa con don Antonio.

De pronto, Cala, sin poderse contener, increpó furiosamente a su hermana.

—Elisa, ¿te parece bien lo que estás haciendo?—la dijo, echando chispas por los ojos—. Repórtate, porque tu conducta es indigna de una señorita bien educada.

—¿Qué es lo que te pasa, Cala?—la preguntó Elisa, muy risueña y burlona, sin alterarse en lo más mínimo por el tono duro y áspero de su hermana—. ¿Tienes celos? Lo siento mucho, pero no puedo llorar.

Cala, entonces, levantándose súbitamente de la mesa, salió del comedor con el ímpetu de un huracán.

Estaba roja como la grana y tenía los bellos ojos inundados de lágrimas.

Don Antonio sintió entonces el irresistible impulso de levantarse para ir a buscarla, pero se contuvo.

La comida siguió su curso ordinario hasta que retiraron las sobras de los postres.

Pero don Antonio, desde la salida de Cala, se mostró mucho menos alegre, chancero y de-

otra parte, no pudiendo resistir el relampagueo fosfórico de las ardientes pupilas de Cala.

Al entrar en el vestíbulo, todas las demás salieron bulliciosamente a recibirle.

Una le quitó el sombrero, otra el bastón, otra el gabán y Amparo, que era una de las discípulas más aprovechadas del Conservatorio y tocaba muy bien el piano, atacó con sus manos hábiles y ligeras los primeros compases de la marcha real.

En volandas le llevaron hasta el comedor, donde, en el centro de la mesa, humeaba ya la fina y artística sopera de porcelana...

Aquella era la hora de más expansión y bullicio en la aristocrática morada.

El fuego y el calor que infundía en aquellos cuerpos juveniles el vino exquisito y los manjares suculentos y fuertes, desataban sus lindas lengüecitas y el inextinguible manantial de sus risas.

Era una especie de desenfreno, aunque espiritual y de buen tono.

Aquel día, Elisa, la novia de Alberto, que ocupaba siempre en la mesa un sitio al lado de don Antonio, estaba más alegre, más bulliciosa y decidora que nunca y desplegó con su viejo amigo una coquetería y unas artes de seducción que rayaban ya casi en libertina procacidad.

Cala, que sentábase enfrente, estaba ciega de ira al ver la descocada provocación de su hermana.

¿Qué le pasaba a Elisa?

¿Había bebido más de la cuenta?

¿Y el imbécil de Alberto, que contemplaba todo aquello tan indiferente y tranquilo y con la sonrisa en la boca?

¿No tendría aquel sinvergüenza sangre en las venas?

Cala abrasaba a su hermana a miradas coléricas y furibundas.

Parecía querer pulverizarla con los ojos.

Pero Elisa, sin darse por aludida, continuaba cada vez más insinuante y provocativa con don Antonio.

De pronto, Cala, sin poderse contener, increpó furiosamente a su hermana.

—Elisa, ¿te parece bien lo que estás haciendo?—la dijo, echando chispas por los ojos—. Repórtate, porque tu conducta es indigna de una señorita bien educada.

—¿Qué es lo que te pasa, Cala?—la preguntó Elisa, muy risueña y burlona, sin alterarse en lo más mínimo por el tono duro y áspero de su hermana—. ¿Tienes celos? Lo siento mucho, pero no puedo llorar.

Cala, entonces, levantándose súbitamente de la mesa, salió del comedor con el ímpetu de un huracán.

Estaba roja como la grana y tenía los bellos ojos inundados de lágrimas.

Don Antonio sintió entonces el irresistible impulso de levantarse para ir a buscarla, pero se contuvo.

La comida siguió su curso ordinario hasta que retiraron las sobras de los postres.

Pero don Antonio, desde la salida de Cala, se mostró mucho menos alegre, chancero y de-

cidor. Los celos impetuosos de la hermosa muchacha la habían removido profundamente las entrañas.

Cuando se levantaron todos de la mesa, don Antonio se retiró, como de costumbre, a sus habitaciones, para entregarse al aseo de su persona.

Al dirigirse a su cuarto iba pensando dónde se habría metido Cala. Distraído con esta idea, se encaminó en derechura a su lavabo, sin fijar sus miradas en ningún sitio de la habitación.

En el momento en que iba a comenzar sus operaciones de higiene y aseo, percibió a sus espaldas como el leve rumor de un sollozo.

Se volvió inmediatamente y cuál no sería su sorpresa al ver a Cala, acostada en su cama.

La hermosa niña tenía los ojos herméticamente cerrados, pero sus párpados de raso estaban aún humedecidos por las lágrimas, y los sollozos que a duras penas podía contener la sacudían el pecho convulsivamente.

Como llevaba la falda bastante corta, veíanse al descubierto sus menudos y graciosos piececillos y el arranque fino y torneado de sus piernas.

Era una imagen voluptuosa y ardiente, capaz de tentar a la mismísima castidad.

Don Antonio sintió entonces que todos sus instintos sexuales se despertaban como leones enfurecidos.

Avanzó hacia el lecho, y metiendo las ávidas manos por debajo de la falda de Cala, pegó sus labios contra aquella boca divina, fresca, roja

y palpitante, hambrienta de besos y caricias.

—¡Por fin! ¡Por fin!... ¡Antonio mío! ¡Amor mío!... ¡Vida mía!... ¡Soy tuya... enteramente tuya!—gimió Cala con pasión infinita, ciñéndole los brazos al cuello y devolviéndole con creces sus delirantes besos.



Don Antonio hizo que Cala se sentase en la cama...

No había tiempo que perder.

Afuera se oían las frescas y estrepitosas ri-

sotadas de sus hermanas, que podían entrar en busca de Cala de un momento a otro.

Don Antonio hizo que Cala se sentase en la cama, con las piernas colgando a uno de sus lados, mientras que él manteníase de pie, con los ojos clavados en la puerta del aposento, temeroso de que entrara alguien de repente.

Cala, estremeciéndose de placer de los pies a la cabeza, con los ojos húmedos y brillantes y la boca entreabierta y palpitante, esperaba ansiosa y frenética el supremo don del amor, que hace palpitar de deleite las entrañas fecundas de la mujer.

Pero su amante, temeroso de destruir su virginidad, no hizo más que detenerse en el dintel del paraíso del amor, lo que, dada la exaltación erótica de sus sentidos, bastó para que ambos gozaran del placer divino de la voluptuosidad, que acerca a los mortales a las delicias de los dioses.

De pronto resonaron en el pasillo, y muy cerca de la habitación, las carreras, las risas y los gritos de las hermanas de Cala, que sin duda andaban buscándola por toda la casa. La joven apenas tuvo tiempo para esconderse debajo de la cama y don Antonio de abrocharse el batón para ocultar el desorden de sus ropas...

Trini, Elisa, Lola y Amparo penetraron en la habitación como impetuoso torbellino que todo lo arrolla a su paso.

—¿Dónde está Cala?... ¡Cala, sal que ya te hemos perdonado!

Pero Cala, debajo de la cama, se callaba como una muerta, haciendo esfuerzos inauditos para reprimir el ritmo acelerado de su agitada respiración.

Don Antonio, a fin de alejarlas de allí y para que pudiera salir sin ser vista, empujándolas jovialmente fuera de la habitación, las dijo en tono chancero:

—Vamos todos a ver dónde se oculta esa rabiosilla.

IV

PASIÓN DE VIEJO

Desde aquel día entablóse una ardiente y rencorosa rivalidad entre Cala y Elisa, que se había enamorado también de don Antonio, pero de una manera más sensual y libidinosa que Cala.

Ambas disputábansele con furioso empeño y la menor preferencia otorgada por el dichosísimo varón a cualquiera de ellas originaba entre las dos agrias reconvenciones y disputas.

Y las dos, con su cerco ardiente, con su constante persecución, con todos los ardides y coqueterías de la seducción femenina, que desplegaban para sobornarle, para atraerle en su favor, despertaron a todos los demonios de la voluptuosidad y de la lujuria, que como nido de sierpes, dormían latentes en sus entrañas.

Una noche, al entrar don Antonio en su dormitorio para entregarse al descanso, Cala le salió de repente de detrás de la puerta, y echándosele al cuello, le dijo con voz dulce y mimosa:

—No me riñas, Antonio; esta noche me he venido a dormir contigo.

Don Antonio cerró entonces cuidadosamente la puerta, y cogiéndola en brazos, se fué a sentar en un sillón, depositando su dulce carga en sus rodillas.

El buen señor, sintiéndose acometido de un violento acceso de lujuria al contacto libre y suave de aquel bello cuerpo de mujer, con manos trémulas por el deseo y la lascivia, empezó a desabrocharle el cuerpo del vestido, quedando entonces al descubierto el nacimiento de su seno virginal y sus brazos mórbidos y blancos.

Don Antonio hundió entonces su cabeza entre las redondas turgencias de su seno, haciendo estremecer su carne blanca y rosada con besos furiosos y ardientes, que a la joven quemábanle como brasas.

Después soltó los corchetes de su falda, dejando a Cala nada más que con la camisa, los pantalones y el justillo.

Pero aquello no le bastaba al insaciable amante. Con manos cada vez más hábiles y audaces la quitó los pantalones, el justillo y el corsé, quedándose Cala nada más que con la camisa puesta y con las medias y los zapatos. ¡Estaba realmente monísima! Había para comérsela a besos.

Fué lo que hizo don Antonio, hundiendo sus manos, ávidas del contacto de su carne tibia, joven y palpitante, en los divinos misterios de su persona, por debajo de la camisa.

Todo el cuerpo de Cala vibró, como los alambres del telégrafo al ser heridos por la electri-

cidad, al roce sensual y febril de aquellas manos calenturientas.

Don Antonio se arrodilló después en el suelo, desabrochó los botones de sus menudos zapatitos y la quitó las medias negras, quedando al descubierto sus lindos pies de americana, finos, delgados, de alto y bien combado empeine, que él besó con adoración y apasionamiento.

Cala estaba radiante de placer.

Aquellas eran las caricias con que ella había soñado en sus cálidas y voluptuosas noches de virgen sensual y apasionada. Don Antonio, poniéndose, entonces, de pie, la quitó de un tirón la camisa, y Cala surgió de entre sus encajes enteramente desnuda, como Venus Afrodita de las espumas del mar.

Don Antonio sintió como una especie de deslumbramiento ante la juvenil y soberana hermosura de aquel cuerpo de formas tan esculturales y tan puras. Sus piernas eran de una hermosura soberana y entre los redondos y soberbios muslos, al pie del delicioso valle que formaba su vientre virginal, destacábase una negra floración que mal encubría el misterio del cáliz del amor, de un bello color de coral rosa, y que se abre y cierra como una sensitiva caprichosa, no desplegando toda su corola sino al sol del amor, que le embriaga y le fecunda. Y en el centro de su busto ondulante y esbelto, que afectaba el suave declive de una colina, erguíanse, duros, firmes y redondos, los turgentes senos con los lindos y menudos pezones orlados de un leve surco rosáceo...

Don Antonio, después de haberse quedado un breve espacio de tiempo inmóvil y mudo de pasmo y admiración, cogió a Cala, que en sus fornidos brazos pesaba menos que una pluma, y la transportó a la cama.

El quedóse de pie, al borde, y de súbito, frenéticamente, como loco, empezó a besar todo su cuerpo de los pies a la cabeza y tan pronto de frente como de espalda, lanzando rugidos de placer infinito.

¡Es que, en verdad, no le hay en el mundo tan intenso, tan delicioso y tan dulce como el de sentir en los labios el raso suave, tibio y palpitante de la carne de una mujer!

Cala, loca de lujuria ansiosa también de la carne del varón, desabrochó con mano audaz y trémula sus ropas y acarició frenéticamente lo que había turbado tantas veces sus sueños eróticos de virgen.

Don Antonio, entonces, saltó sobre el lecho como un sátiro que ve en el rincón de un bosque a una ninfa desnuda, y no piensa más que en saciar en ella la sed lúbrica que enciende en sus sentidos sus encantos, y adhiriéndose a ella estrechamente, buscó sin vacilar la fusión íntima y sexual de sus dos epidermis.

Ya no se contentó, como la vez primera, con detenerse en el umbral del paraíso, sino que penetró en él resueltamente, rompiendo los ve-

los y quebrando los pliegues que ocultan y guardan el fruto sabroso del amor.

Cala se crispaba, aferrábase al cuello de su amante, rugiendo al mismo tiempo de deleite y de dolor.

... ...

El deber y la moral de los hombres estaban de luto, pero la naturaleza inundábase de júbilo viendo cumplido uno de sus más altos y sagrados fines.

V

CELOS FUNESTOS

No habría pasado media hora, cuando Elisa, despertándose de improviso en mitad de la noche, buscó instintivamente a Cala, que dormía a su lado, en el mismo lecho.

Su sitio estaba vacío.

Elisa incorporóse, alarmadísima, y en seguida cruzó por su cerebro la terrible sospecha.

Sí ; Cala debía estar con don Antonio.

Dió la luz de su cuarto, y tal como estaba, en camisa, deslizóse sigilosamente por el pasillo.

Toda la casa estaba sumergida en el más profundo silencio.

Elisa, emprendiendo una carrera frenética, subió hasta el primer piso, donde estaban situados los dormitorios de don Antonio y de su esposa.

Se detuvo, anhelante, ante la puerta del de don Antonio y le pareció percibir rumor de suspiros y besos.

¡ Sus suposiciones eran ciertas !

Empujó la puerta, que estaba levemente entornada, y atravesando la antesala llegó resueltamente hasta la alcoba.

La luz estaba encendida y desde el umbral pudo ver perfectamente los dos cuerpos de Cala y don Antonio estrechamente unidos en una or-



... le pareció percibir rumor de suspiros y besos.

gía desenfrenada de caricias, de espasmos y besos.

Por un instante, estuvo tentada de interrumpir su idilio proporcionándoles una desagradable sorpresa.

Pero se detuvo y una sonrisa diabólica iluminó su semblante, crispado por el horrible tormento de los celos.

Elisa salió tan sigilosamente como había entrado de aquel improvisado paraíso, y echando a correr no paró hasta entrar en el dormitorio de la mujer de don Antonio.

La confiada esposa dormía profundamente, con el sueño reposado y tranquilo de las conciencias que no tienen que reprocharse ninguna falta ni el menor delito.

Elisa tuvo que sacudirla varias veces violentamente para que saliera de su sopor.

La virtuosa dama, al abrir los ojos miró sorprendida a su amiguita...

Aun en las brumas del sueño, no acertaba a darse cuenta de aquella inopinada visita, hecha tan a deshora.

—Doña Aurora, levántese usted—decía Elisa vivamente, sacudiéndola por el brazo—. ¡Cala está en la cama de don Antonio!

Aquellas terribles palabras, pronunciadas en un tono que no dejaba lugar a dudas, acabaron de despertarla por completo.

Echóse rápidamente una bata encima de la camisa y salió de su cuarto en seguimiento de Elisa, que, con el temor de no llegar a tiempo, corría más que ella.

Las dos mujeres penetraron en el dormitorio de don Antonio, con el ímpetu de un torrente por largo tiempo contenido y que, de improviso, se desborda.

Llegaron a tiempo.

Los cuerpos de Cala y de don Antonio seguían estrechamente unidos, y estremeciéndose bajo las convulsiones del placer, pródigamente renovado.

Al verse sorprendido, don Antonio lanzó un grito salvaje de cólera, mientras que Cala, ocultando su impúdica desnudez bajo las sábanas, se acurrucó debajo de ellas, muerta de vergüenza y de temor.

—¡ Oh ! ¡ Antonio... Antonio ! ¡ Cómo iba yo a creer esto ! — murmuró, digna y grave, la ofendida esposa, abandonando inmediatamente la habitación.

VI

LO QUE ERA DE ESPERAR

A la mañana siguiente, las de Robledillo salieron muy temprano del hotel de don Antonio, para no volver a poner más los pies en aquel honrado recinto.

Por culpa de la imprudencia de Cala y de los celos insensatos de Elisa, habíase desvanecido una vez más el dorado sueño de la futura grandeza de la familia, como tendría que desvanecerse otras tantas, consideración dolorosa para el pensador y el psicólogo, viendo que hay en el mundo tantas muchachas tan encantadoras y tan deliciosamente sugestivas como las de Robledillo, que malogran su felicidad por no saber refrenar la voz de sus instintos.

Doña Aurora perdonó a don Antonio. ¿ Cómo no iba a ser así, si la mujer es toda misericordia y perdón ?

La única condición que le impuso fué la de que abandonaran por algún tiempo a Madrid. Cala era una rival demasiado peligrosa, para que entre ella y su marido no hubiera que poner la distancia.

BIBLIOTECA
MADRID
FACULTAD

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña

EN PRENSA

Mujeres solas

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula.—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

EDITORIAL H.

BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona